

EUROPA: el golpe de Washington

ESTABA previsto, aunque no con tanta claridad como ha resultado: los Estados Unidos han llamado al orden a sus aliados en la conferencia de países consumidores de petróleo celebrada en Washington, y todos —menos uno— han respondido a la llamada. Francia ha sido, una vez más, la nación discol. Los Estados Unidos han obtenido un éxito importante, perfectamente atribuible al tándem, tan bien acordado, de Nixon-Kissinger. Y Europa ha sufrido una nueva derrota. Al decir Europa nos referimos, sobre todo, a un intento, a una esperanza, a un ensayo de grupo de naciones independientes, alejadas del poder de los Estados Unidos. Es la idea que ha esgrimido Francia para aparecer como reticente, y para no firmar cuatro de los puntos del acuerdo final, acuerdo de por sí vago y poco preciso. Para obtener su éxito, los Estados Unidos han recordado desde el principio que tienen dos cosas en sus manos: la defensa militar europea (Nixon ha explicado muy bien que «energía y seguridad están estrechamente ligadas») y la explicación de que la técnica y el material para una futura energía no dependiente del petróleo están en sus manos (el «carbón líquido» o «gasificado», la energía atómica). Son dos bazas arrojadas sobre la mesa de la reunión desde el principio. Por sí no bastaba, la misma organización de la conferencia y las naciones invitadas eran del género astuto de la diplomacia de Kissinger. Estaban, fuera de Europa, Canadá —cuya satelización por los Estados Unidos es cada vez más importante—, Japón —colonia invisible, a veces con aspecto de gran competidor industrial y técnico de los Estados Unidos, pero en realidad estrechamente dependiente—, Alemania Federal, que está satelizada por la dependencia militar de Estados Unidos en la frontera más llamativa con los países comunistas de Europa—;

Gran Bretaña, satelizada por vía económica, en un momento especialmente dramático de su vida política, económica y social; Holanda, desechada, porque no ha sido ayudada por nadie en el bloqueo del petróleo y porque no tiene nada que perder con respecto a los árabes... Incluso Luxemburgo, el diminuto país carbonero, cuya presencia en una reunión de «grandes consumidores de petróleo» sería una ironía si no fuese porque su voto cuenta tanto como otros. En el momento en que se ha planteado la cuestión de crear un frente unido de consumidores que celebrase una conferencia con los países productores, todas estas naciones se sumaron con el júbilo previsto. Francia se quedó sola.

LA exposición de Francia es bastante clara, y obedece a una política muy continua en su doctrina exterior: se trata de no fijar una dependencia excesiva de los Estados Unidos. Para Francia, los Estados Unidos pueden alzarse frente a los países árabes explotadores del petróleo, porque no depende de ellos más que una parte muy reducida, mientras que Europa depende en un todo. Sumarse a una política americana del petróleo es simplemente someterse a su política en el Oriente árabe y sufrir las consecuencias. Los Estados Unidos han sido ya arriesgados en la última crisis: no se han jugado nada suyo, pero se lo han jugado por Europa, y Europa lo ha perdido. Francia proponía, en su lugar, unas negociaciones bilaterales con los árabes —de país a país— o, de otra manera, unas negociaciones propias de la Comunidad Europea, pero sin los Estados Unidos. Más aún: Francia había anunciado su propósito de no asistir a la reunión de Washington, pero se había dejado convencer por sus aliados del Mercado Común. Habían prometido estos aliados mante-

En la reunión de países consumidores de petróleo, Francia, representada por su ministro de Asuntos Exteriores, Michel Jobert, ha sido una vez más la nación discol.



ner una posición similar a la de Francia, una posición «europea». No ha sido así. «Me he encontrado —dice Jobert, ministro de Asuntos Exteriores de Francia— en presencia de dos delegaciones que no tenían memoria de nuestras reuniones de Bruselas...». Las reuniones de Bruselas fueron aquellas en que se decidió la respuesta común a Washington; las dos delegaciones olvidadizas, la de Gran Bretaña y la de Alemania Federal. «He deplorado —continúa Jobert— que esa falta de memoria haya estado organizada hasta tal punto». De donde una disputa grave entre Francia y Alemania Federal; sobre todo, con Alemania Federal, porque ésta está ocupando ahora —por turno rotativo— la presidencia del consejo de ministros de los nueve países europeos. Hasta tal punto que el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Scheel, ha advertido que la Comunidad Europea puede llegar a romperse, y que la reunión que los Nueve tenían que celebrar en Bonn el 14 de febrero se ha cancelado. Se trataba de analizar los resultados de Washington y, desde antes, estaba previsto que iba a prepararse en ella una conferencia entre Europa y los países árabes. Conferencia que carece ya de sentido, porque ahora será Washington quien se encargue de convocarla entre países consumidores y países productores, lo cual tiene un sentido muy diferente.

ENTRE los países que se han separado de Francia, la doctrina que se propaga es la siguiente: Francia, en realidad, no quiere la construcción real de Europa si no es bajo su propia hegemonía. Su arma atómica «de disuasión» la permite creer que puede prescindir de la defensa militar de los Estados Unidos; su antigua política de aproximación a los países árabes y de reticencia contra Israel la hace suponerse nación privilegiada en sus relaciones con los países productores. En las negociaciones directas, Francia sería la que llevase la mejor parte del petróleo, y los demás habrían de depender de su mediación. Y en un caso de desintegración de la OTAN y, por lo tanto de desprendimiento de los Estados Unidos, no habría otra arma atómica operacional que la de Francia. Naturalmente, Alemania Federal no está en condiciones históricas ni políticas de creer que Francia iba a comprometerse en una guerra atómica con la URSS por defenderla. ¿Puede creerlo de los Estados Unidos? Teóricamente, tampoco: pero si su política internacional está tan confundida con la de los Estados Unidos como para que su defensa sea la misma, podría esperarlo.

POR lo tanto, los ocho países del Mercado Común se separan de Francia, el noveno país, en estos puntos. Se dice que Francia está aislada. Es un aislamiento relativo. La consecuencia es que sus relaciones con la URSS han mejorado de golpe: la visita del ministro soviético de Asuntos Exteriores, Gromyko, a París, ha tomado en estas circunstancias más importancia de la prevista, y también aumenta la de la visita que va a hacer Pompidou a Brejnev en Moscú. No se ha anunciado la fecha hasta el momento en que se escriben estas líneas, pero se calcula que es inminente: entre el 28 de febrero y el 2 de marzo. La atmósfera actual es de gran cordialidad. Como lo es entre Francia y los países árabes; sobre todo, también, después de la actitud francesa en Washington. Concluir que Francia está aislada es, por lo tanto, una audacia de lenguaje. Sin embargo, el problema está en que el juego pase por encima de ella. Podrá Francia tratar de no depender de los Estados Unidos, pero indudablemente dependerá de las condiciones de alianza entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y ésta no interferirá demasiado en la zona de influencia americana en Europa, que respeta. Con los países productores de petróleo podrá pasar igual: terminará por interesarles más lo que Washington pueda ofrecerles (en el aspecto económico, en la de la comercialización del petróleo por las vías de las compañías intermediarias como en el de la guerra y la paz y los posibles acuerdos; no olvidemos que ni el Sha del Irán ni los reyes feudales de los países árabes son precisamente revolucionarios. La única respuesta posible a la situación hubiese sido una auténtica unión europea. No ha podido ser. La fuerza de los Estados Unidos sobre la Comunidad y sobre las naciones del continente que no pertenecen a ella es impresionante. Se está jugando a fondo. «Esto es sólo un principio», ha dicho Nixon al terminar la conferencia: un auténtico grito de triunfo, que se ha merecido por la forma en que ha conjugado presión y diplomacia.

¿SIGUE siendo posible el sueño europeo? La historia da muchas vueltas, y el europeísmo está realmente inscrito en todas las mentalidades continentales, aunque cada uno la vea de distinta manera. Sería necio darlo por consumido. Pero sí es cierto que Europa ha desperdiciado en estos últimos años sus mejores momentos posibles, y que la situación actual la hace cada vez más dependiente de los centros de decisión exteriores a ella.

Divisiones árabes

La "pequeña cumbre" de Argel —los jefes de Estado de Arabia, Egipto, Siria y Argelia— termina con un comunicado en el que se habla de una "unanimitad total acerca de todas las cuestiones examinadas". No se dice cuáles. Se supone fundamentalmente que se trata de no levantar el embargo del petróleo hasta tanto las tropas israelíes no se hayan retirado de los altos del Gólan. Otros países árabes se indignan: el embargo no es cosa de los cuatro de Argel, sino de todos los productores árabes, de la Opaec (Organisation of Petroleum Arab Exporting Countries, parte de la Opec, que reúne a todos los exportadores de petróleo del mundo). Libia, sobre todo, que tenía a punto una conferencia de la Opaec en Trípoli, para cuya inauguración Ghadafi daba el golpe de efecto de la nacionalización total de tres compañías americanas. Ghadafi protesta contra Egipto y contra Argelia; Kuwait, contra todos. Ven una brecha —otra más— en la cuestión del frente unido. Teme Libia que la "pequeña cumbre" se limite a levantar el embargo si las demandas nacionales de Siria son resueltas a la manera en que están siéndolo las de Egipto, y que se olvide el tema esencial de los palestinos y sus derechos.

Pero los cuatro de Argel tienen ya una misión diplomática en marcha. Ha ido a París y ha ido a Washington. La componen los ministros de Asuntos Exteriores de Egipto y Arabia Saudita, con sus expertos. Está claro el sentido de esa misión. Si Francia y Estados Unidos tienen hoy, sobre todo después de la conferencia de Washington, puntos de vista muy distintos, se trata de ver la posibilidad de explotar los dos. En París, la delegación ha felicitado a Francia por su postura, le promete mantener abierto para ella el chorro del petróleo y hacerle algunas compras sustanciales: muestra así a los otros países europeos el camino abierto. Es un estímulo a la "vis francesa hacia el petróleo". Pero en Washington negocia algo más: la presión de Estados Unidos

para que Israel abandone el Gólan y la posibilidad de que entonces sea Kissinger quien obtenga de ellos el final del embargo del petróleo. Será entonces la vía de Estados Unidos la que triunfe. Y Kissinger quien aparezca, una vez más, como el superhombre de las crisis.

Es una posición doble. Hasta ahora, los cuatro han emitido amenazas: "Si los países europeos quieren orientar sus preferencias hacia los Estados Unidos, allá ellos", ha dicho el ministro de Energía argelino, Belaid Adbeslam, pero su propia actitud negociadora con Estados Unidos puede terminar dando la razón a quienes han elegido ese camino.

El problema es que, como se sabe, el embargo de petróleo no ha sido real en lo que a Estados Unidos se refiere: se dice que han estado recibiendo unos 700.000 barriles de petróleo árabe por día. No ha sido tampoco respetado en Europa. Todo se ha reducido a una elevación de precios, irreversible. El arma del embargo es, sobre todo, una amenaza y un juego, un juego diplomático. El único país que enteramente desea utilizarlo es Siria, por su situación militar. Lo que se está jugando es una cuestión de hegemonía en Occidente, por una parte (como se ha visto en la conferencia de Washington), y una cuestión de hegemonía árabe, por la otra. Los países de la Opaec luchan entre sí por ella, los Estados Unidos manejan esas divisiones y esas crisis como pueden y las utilizan para su política atlántica y para su prestigio interior y exterior de creadores de paz.

La Opaec, convertida en lo que se ha llamado "el monopolio más potente de la historia", comienza a desunirse. En realidad, no ha tenido más que una brillantez temporal, la que ha convenido a Estados Unidos para realizar su política atlántica y la nueva solidez de su dólar. Seguirá existiendo en la medida en que esté en la conveniencia americana. La unidad de los cuatro de Argel es una seria desunión en la totalidad de los países árabes productores.